

Ahora también lo diría

«¡Qué escándalo, he descubierto que aquí se juega!» dice el capitán Renault mientras recibe el sobre de "sus ganancias" en el Café de Rick por no saber que allí se jugaba. Esta escena de *Casablanca* podría aplicarse al resultado sobre corrupción de los últimos barómetros del CIS. En ellos, la corrupción continua apareciendo como el segundo problema más importante para el 43,7% de los españoles, pero desciende en cada uno desde el 63,8% que alcanzó en noviembre de 2014. ¡Qué escándalo, aquí hay corrupción!

¿Por qué desciende la percepción de la corrupción? ¿Acaso hay menos en julio que en noviembre pasado cuando la preocupación era máxima? No lo parece, a juzgar por las revelaciones que nos hacen las escuchas telefónicas a los implicados en la trama de corrupción de la Operación Púnica realizadas por la UCO de la Guardia Civil. ¿Entonces, por qué desciende la percepción de la corrupción? Sería bochornoso que la sociedad asumiera como "normal" su existencia, mucho más en este altísimo grado, y un despropósito que la considerara amortizada y, por tanto, sin consecuencias electorales.

La palabra corrupción procede del latín "corruptio", palabra formada por el prefijo "con", sinónimo de "junto"; el verbo "rumpere", que puede traducirse como "romper", "hacer pedazos"; y el sufijo "tio", equivalente a "acción y efecto". Es decir, es la acción o efecto de romper o dañar aquello que se corrompe, cuya práctica consiste en abusar del poder para sacar provecho y si se trata del poder político, como es el caso, el mal uso de ese poder.

¿Qué es exactamente lo que rompe y hace pedazos la corrupción? Según el prefacio de la Convención de las Naciones Unidas contra la Corrupción «*socava la democracia y el estado de derecho, da pie a violaciones de los derechos humanos, distorsiona los mercados, menoscaba la calidad de vida y permite el florecimiento de la delincuencia organizada ...*» y afecta mucho más a los pobres porque «*desvía los fondos destinados al desarrollo, socava la capacidad de los gobiernos de ofrecer servicios básicos, alimenta la desigualdad y la injusticia y desalienta la inversión ...*». Exactamente lo que ha pasado y está pasando en España.

¿Cuánto nos cuesta la corrupción? Investigadores del Instituto Universitario de Turismo y Desarrollo Sostenible de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desarrollaron un método de estimación del coste social de la corrupción a través del análisis del impacto de la misma sobre la calidad de vida de los ciudadanos y lo estimaron aproximadamente en 40.000 millones de euros anuales en precios constantes de 2008 (*Revista de Economía Aplicada* "Relación entre corrupción y satisfacción". Núm. 64 (vol. XXII), 2014, pp. 31- 58), y el diario *ABC* publicó el 30 de enero de 2013 que la corrupción había costado 6.839 millones de euros, cifra que *elEconomista.es* consideraba demasiado baja. Pero no nos perdamos en unos miles de euros. Desde entonces acá han aparecido más casos, muchos más implicados y las cifras habrán aumentado considerablemente.

La corrupción y el mal gobierno vienen de atrás. Manuel García-Santana de la Université Libre de Bruxelles, Josep Pijoan-Mas del CEMFI and CEPR y Enrique Moral-Benito y Roberto Ramos del Banco de España en su `paper´ *Growing like Spain: 1995-2007* (Creciendo como España) de mayo de 2015 dicen que durante los Gobiernos de Aznar y Zapatero la productividad española descendió porque la corrupción dio incentivos para colocar la inversión y el trabajo en sectores "erróneos" (las comillas son mías), donde la influencia del sector público es mayor por la existencia de licencias o regulaciones, es decir, la construcción, y tomaron decisiones basándose

en criterios políticos. Por tanto, si a los doce años del estudio sumamos los diez de esta década tenemos veintidós años perdidos, lo que es mucha carga.

Hemos perdido muchos recursos económicos y mucho tiempo, y también gran parte de la ética, y se ha instalado la doble moral. Los deseos por la obra bien hecha quedaron sepultados por los incrementos de los presupuestos de las obras públicas, bajo el hormigón de los aeropuertos sin aviones y en los edificios públicos sin utilidad. El servicio público quedó olvidado tras la subvención a la cafetería del Congreso mientras a los escolares, que no podían pagar la comida del comedor escolar y llevaban su tartera, se les pedía que pagaran por el uso del microondas. La doble moral se instaló al permitir, legalmente por supuesto, que un diputado pudiera dar asesoría legal a la filial inmobiliaria del Banco Santander, mientras se discutía y aprobaba la Ley de Medidas para la Protección a los Deudores, Reestructuración de la Deuda y Alquiler Social, popularmente Ley contra los desahucios. Y así un largo etcétera.

La solución es muy antigua. Aristóteles lo decía así: *“desde nuestro nacimiento somos movidos a ser justos, sobrios, valientes y a desarrollar otras cualidades. No obstante, buscamos aún otra cosa, a saber, el bien en sentido estricto.”* (Ética Nicomaquea, Libro sexto, capítulo 13, 1144b). Este bien debería ser aún mayor si se realiza desde un cargo público. Y más cercano a nosotros: *“Cuando se miente, se engaña, se promete y no se cumple, mientras existen necesidades que nunca son satisfechas, los ciudadanos dejan de creer”* (La Ética y la corrupción en la política y la administración pública, Oscar Diego Bautista, abril 2005, p.148). Por situaciones similares Ortega en 1922 nos decía: *“Si España quiere resucitar es preciso que se apodere de ella un formidable apetito de todas las perfecciones”* (España invertebrada). Ahora también lo diría.